«Oajaca ha capitulado en la noche anterior. Porfirio Diaz y toda la guarnicion se han rendido á discrecion. Todo el material de guerra ha quedado en nuestro poder.

»Tengo el honor de enviar mi felicitacion á V. M.—BAZAINE.»

La capitulacion de la ciudad de Oajaca fué indudablemente uno de los hechos de armas más importantes para la causa del Imperio, dada la posicion ventajosa de esta ciudad y la resistencia que en todas las ocasiones habia mostrado contra las pretensiones de los imperiales. Por esto el general Bazaine, como todos los demás jefes defensores de la monarquia, se propusieron apoderarse á todo trance de la poblacion citada, pues que de su ocupacion habian de resultar incalculables bienes á la causa monárquica en los Estados de Méjico.

El número de las fuerzas que al mando del general Bazaine operaron sobre esta ciudad se componia de seis batallones de infantería, cuatro compañías de ingenieros, diez y ocho piezas de artillería de sitio, cuatro escuadrones de caballería, y cuatro escuadrones de mejicanos, formando un total de 5.800 hombres y 3.000 caballos. A estas fuerzas se unieron en lo más recio del combate las tropas de los coroneles Dontrelaine y Jeanningros, que ya en tantas ocasiones habian demostrado un valor y arrojo verdaderamente temerarios.

El 31 de Enero el general Bazaine trasladó su cuartel general á la hacienda de Montoyac, centro de las operaciones. Para los trabajos de investigacion, como para abrir paso á la artillería hasta colocarse delante de Oajaca, los indios prestaron al ejército francés servicios de la mayor importancia, gracias á los cuales las fuerzas francesas pudieron establecer una línea de circunvalacion de 34 kilómetros en el corto espacio de nueve dias.

El general Bazaine habia dirijido sus principales esfuerzos sobre el cerro de la Soledad y el cerro Dominante, al Oeste de la ciudad de Oajaca. Cuatro baterias compuestas de piezas de á doce, varios morteros y otros pertrechos de guerra, se situaron el 8 de Febrero delante de la ciudad, al mismo tiempo que amenazaban la plaza por la parte del Sur otras tres baterias, compuestas igualmente de piezas de gran calibre. El sitio, sin embargo, no pudo principiar sin tener antes sérios encuentros con los mejicanos, siendo entre todos el más sangriento el que tuvo lugar en la hacienda de Aguilera, y en el cual el segundo batallon de infantería de Africa dió indudables pruebas de su valor y entusiasmo en la pelea. Los mejicanos, á su vez, manifestaron en esta célebre jornada el valor que inspiran siempre los sentimientos de patria y de independencia.

El dia 4 de Febrero rompieron el fuego sobre la plaza tres baterías francesas, las cuales quedaron casi destrozadas completamente por los disparos de los sitiados. Durante la noche del 7 al 8 del citado mes, el ejército sitiador pudo colocarse casi á las mismas puertas de la ciudad. La situacion de los mejicanos era á la sazon en estremo crítica y difícil. Despues de nueve dias de contínuo asedio por numerosas y aguerridas tropas, á cuyo frente se encontraban jefes bravos y entendidos, los mejicanos repetimos, se encontraban faltos de víveres y de fuerzas, y se les hacía de todo punto imposible continuar la resistencia. Los habitantes de Oajaca, que veian la actitud resuelta é imponente del ejército francés, temieron por las vidas de sus hijos y suplicaron al jefe de las fuerzas sitiadas, Porfirio Diaz, que se rindiese toda vez que su derrota era inevitable. El general mejicano, decidido á arrostrar la muerte antes que entregar la plaza á los enemigos, desatendió los ruegos de los ciudadanos de Oajaca, y se preparaba á resistir con sus escasas y cansadas fuerzas á las tropas de Bazaine. Estas, entre tanto, se aproximaban más y más á la ciudad y la amenazaban con un total y completo esterminio si no se rendia inmediatamente: las amenazas que de tal género habia hecho hasta entonces el general francés, iban á cumplirse al pié de la letra, y la suerte de la ciudad sitiada estaba ya decidida.

Nuevas súplicas de los habitantes de Oajaca, llantos conmovedores de las mujeres y de los ancianos que llevaban en sus brazos á sus tiernos y queridos hijos, vinieron á implorar de Porfirio Diaz la vida de aquellos inocentes niños que habrian de ser, si la lucha continuaba, víctimas todos de la crueldad de los soldados franceses. El general mejicano no pudo resistir á los ruegos de las pobres madres, ni á las cándidas miradas de sus pequeños hijos, y se decidió al fin á devorar en silencio el dolor profundo que le causára esta nueva humillacion, por salvar la vida y las haciendas de sus conciudadanos.

El general Bazaine daba cuenta pocas horas despues al gobierno del Emperador de la rendicion de Oajaca en los términos siguientes:

«A las cinco de la tarde del dia 8 rompieron el fuego todas nuestras baterías contra las obras del cerro Dominante que yo debía á todo trance ocupar. A las cuatro de la mañana del dia siguiente yo debia intentar una sorpresa sobre los cerros de la Soledad y de la Libertad con tres compañías del 3.º de zuavos: á las cinco y media debieron igualmente romper el fuego todas nuestras baterías, y á eso de las seis lanzar nuestras columnas de asalto sobre el fuerte Dominante. Todas las órdenes estaban ya dadas: todo se hallaba dispuesto para este arriesgado y difícil asalto. Las tropas se encontraban en sus respectivos puestos, esperando con impaciencia la hora de avanzar, cuando Porfirio Diaz, seguido de dos de sus ayudantes de campo, se presentó á la una y media de la mañana en mi cuartel general, entregándome la plaza de Oajaca y rindiéndose á discrecion él y toda la guarnicion. Inmediatamente di órden para que cesára el fuego en toda la línea, y hoy mismo he tomado posesion de la ciudad y de todas sus fortificaciones.»

VI.

Entre tanto que el general Bazaine se apoderaba de la ciudad de Oajaca, tuvieron lugar otros hechos de armas entre los juaristas y los imperiales, no de escasa consideracion.

El 8 de Enero se presentó ante la ciudad de Linares el célebre guerrillero Mendez al frente de una escasa fuerza juarista, intimando la rendicion de esta plaza. El prefecto y las pocas fuerzas que custodiaban á Linares se negaron con la fuerza á la exijencia de Mendez, y despues de un reñido combate en que todos mostraron su valor y entusiasmo, Mendez, temeroso quizá de que llegase en ayuda de sus enemigos mayores fuerzas de Monterey, como en efecto llegaron más tarde, entregó inhumanamente á las llamas aquella hermosa ciudad, ocasionando con esta bárbara medida, perjuicios sin cuento en los intereses y aun en las vidas de sus habitantes. Como si fuera un castigo por un acto tan atroz y reprensible, Mendez se sintió, al ejecutarse su bárbaro mandato, gravemente herido de un balazo en una pierna, teniendo que conducirle sus camaradas fuera de la ciudad en una camilla y en estado bien poco satisfactorio.

Suerte mucho más adversa y desgraciada cupo por aquellos dias al general D. Francisco Vega. Habia éste defendido en un principio con verdadero amor patrio la causa que representaba Juarez, y halagado sin duda por las promesas de Almonte se habia pasado al servicio de los imperiales. Al ser ocupado Mazatlan por las tropas franco-mejicanas, y al emigrar, en su consecuencia de este punto los juaristas de Corona y Rosales, el general Vega se replegó hácia la frontera septentrional del departamento. Las fuerzas de Patoni, situadas en Alamos, y las de García, Morales y Rosales, que avanzaron hácia el Norte de Sinaloa, cayeron simultáneamente sobre el traidor Vega, que ocupaba la villa del Fuerte, y despues de derrotarle, causándole numerosas pérdidas, fué preso y fusilado en el acto por los juaristas.

Otra victoria de gran consideracion para los juaristas, alcanzaron en Atlata las mismas fuerzas que habian derrotado á Vega en la villa del Fuerte. El refuerzo franco-mejicano, que desde Mazatlan habia salido para favorecer á este desgraciado general, compuesto de 60 tiradores argelinos y 200 mejicanos, á las órdenes del comandante del vapor de guerra francés *Lucifer*, fué sorprendido y derrotado al internarse por tierra, por la seccion juarista de Rosales, pereciendo la mayor parte de los argelinos y cayendo prisioneros los restantes.

Victoriosas las guerrillas mejicanas en todo el territorio de Mazatlan, se decidieron á atacar la plaza de este nombre, que ocupaban con gran número de fuerzas los franco-mejicanos. Al efecto, deberian reunirse las tropas de Corona que se encontraban en

las inmediaciones de Mazatlan, cuyo número ascendia á unos 1.500 hombres; las de Osuna que en número de 300 estaban en el distrito de San Ignacio; otros 600 hombres al mando de Rosales en Culiacan, y unos 2.000 que á las órdenes de Patoni y Garcia Morales se hallaban situados un poco más al Norte y á corta distancia de las fuerzas de Rosales.

La impaciencia de este último general, ó tal vez una equivocacion en sus cálculos respecto al movimiento de sus demás compañeros sobre Mazatlan, hizo que las fuerzas que guarnecian esta plaza rechazaran con gravísimo daño á los juaristas, quienes se vieron obligados á abandonar el sitio, y á resignarse á una lamentable derrota, cuyas consecuencias fueron harto desastrosas para las ya envalentonadas tropas de Juarez por las victorias que en los dias anteriores habian alcanzado contra el enemigo.

No por esto el espíritu guerrero de los juaristas decaia, ni mucho ménos se amilanaba. Los cabecillas Figueroa, Diaz, Cacho y varios otros, se dirijieron despues con toda la caballería y demás fuerzas que tenian los de Oajaca contra Huajuapan, decididos á todo trance á apoderarse de esta fortaleza. Varios asaltos, en que el entusiasmo rayó en locura, dieron contra la plaza los valientes guerrilleros; pero las fuerzas que la defendian los rechazaron con sus contínuos y certeros disparos, causándoles multitud de bajas, y convenciéndoles de que les era imposible llevar adelante el pensamiento de apoderarse de Huajuapan. Los juaristas, en vista de lo inútil de su empeño, se decidieron, en efecto, por desistir de su empresa, y apelando antes á ese medio repugnante y horrible de incendiar las haciendas y las casas, se retiraron á San Juan Juaquistla, en donde cometieron igualmente los mismos actos de destruccion y de barbárie.

En los departamentos de Tecalitlan y parte del de Jalisco, habian sufrido igualmente una completa derrota las partidas de Echegaray y García, con lo cual los dos departamentos mencionados quedaron casi en estado de completa paz y en poder de los franco-mejicanos.

Igual ó parecida suerte cupo á Huauchinango y á Zitácuaro, á consecuencia de haberse fraccionado en el primer punto los jefes juaristas Espejel que marchó á Calmati, Patiño que se dirijió á Ataplexco, Alvarado á Huantla, y Ayala que con unos 200 hombres permanecia entre Tantian y Tantina. En Zitácuaro fueron derrotadas el 13 del mes de Marzo las guerrillas de Ugalde y Valencia por las fuerzas de los comandantes Mendez y Muñoz, haciéndoles unos 50 muertos y otros tantos prisioneros, y dando una muerte cruel al cabecilla Valencia, cuyo cadáver dejaron colgado en la plaza de Zitácuaro.

Por aquellos dias, 18 de Marzo, Romero y 15 más de sus compañeros fueron pasados por las armas en la plaza de Mixcalco, y condenados á trabajos forzados todos los demás valientes mejicanos que con tanto arrojo combatieron á las órdenes del desgraciado Romero. En el mismo dia fueron tambien fusilados en la ciudad de Puebla tres partidarios de Juarez que se pusieron al frente de un ligero motin contra las tropas del Emperador, las cuales acometieron con ira y enconada saña al corto número de amotinados que gritaban por la independencia de la patria, sin llevar, puesto que no pensaban hacer uso de ellas, armas de ninguna clase. Actos como este, que por desgracia se repetian con demasiada frecuencia en todos los puntos del Imperio, hacian odioso y repulsivo en estremo el nombre de los soldados que apoyaban el trono de Maximiliano.

En Michoacan en cambio, vengaban los soldados juaristas las anteriores derrotas, en los primeros dias del mes de Abril. Los voluntarios belgas, que en su sed de venganza contra los juaristas, no se daban un momento de reposo por acosarlos y esterminarlos por completo, quisieron cerrar á las guerrillas de Juarez en Tacamburo el camino de las tierras templadas, con el fin de que todos muriesen víctimas de aquel insano clima, sin que nadie pudiese venir en su auxilio. Cuando los belgas se preparaban con ansiedad para acometer con furia á las guerrillas y obligarlas á internarse, las fuerzas de Regulez, Arteaga y Pueblita, cayeron con ímpetu sobre los apostados, dejándoles á todos tendidos en el campo, porque ninguno de los valientes belgas quiso con vida entregarse á sus adversarios.

Este desastre indignó de tal manera al coronel francés Pothier, comandante militar de Michoacan, que sin perder momento reunió nuevas y numerosas fuerzas y se puso en persecucion activa y constante de las guerrillas juaristas. Encontrados al fin los ejércitos enemigos en Huaniqueo, se trabó un tan reñido y singular combate, que por espacio de muchas horas la victoria no pudo inclinarse en favor del uno ni el otro bando. Nuevas fuerzas que en lo más grave del combate recibió el jefe francés, hicieron cobrar aliento á sus camaradas, que ya empezaban á sentirse débiles para resistir por más tiempo al enemigo, y acometiendo entonces los franco-mejicanos á los pocos, pero heróicos defensores del expresidente, les obligaron á abandonar el campo, dejándole sembrado de cadáveres del ejército invasor.

El parte, sin embargo, en que el comandante superior Pothier daba cuenta al prefecto del resultado de este encarnizado encuentro, procuraba como todos, desvirtuar el valor de los juaristas y ensalzar por el contrario la bravura de los soldados franceses.

«Tengo el honor, — decia desde Zipiajo el 23 de Abril el jefe citado,—de suplicaros pongais en conocimiento de la poblacion, que hoy á la una de la tarde he dado alcance en Huaniqueo á las fuerzas de Regulez, compuestas de 3.500 hombres. Despues de un empeñado y riguroso combate en que la caballería francesa se ha distinguido por un arrojo estraordinario, el ejército de Regulez ha sido completamente derrotado y perseguido á balazos y cañonazos hasta las siete y media de la noche, no obstante una fuerte lluvia. Sólo la noche ha podido salvar esta fuerza de su total y completa destruccion. Las pérdidas del enemigo en esta accion, se elevan á 500 hombres entre muertos y heridos, y ha tenido además 700 dispersos de su infantería. La nuestra consiste en 15 muertos y 20 heridos.»

VII.

En Monterey y el Saltillo, el general Negrete acababa de alcanzar pocos dias ántes una completa y singular victoria. Ocupados por las fuerzas imperiales el Saltillo y Monterey, el general citado se propuso á todo trance apoderarse de estos dos importantísimos puntos, colocando al efecto sus aguerridas tropas en los lugares más convenientes para preparar un pronto y seguro asalto.

Las fuerzas franco-mejicanas, que en número considerable defendian una y otra plaza, se prepararon igualmente para rechazar al audaz enemigo, que con una actitud imponente y amenazadora, se iba acercando hasta las mismas puertas de Saltillo, cuya ocupacion interesaba en estremo á los soldados de Juarez. Varios disparos dirijidos con gran acierto por los sitiados y sitiadores, dieron principio á la lucha sangrienta que habia de coronar de gloria al ejército juarista. Despues de un bien sostenido fuego que diezmaba á los franceses y á los mejicanos, el general Negrete creyó llegado el momento oportuno de dar la señal de asalto, y obedeciendo á su voz los defensores de la libertad y de la independencia, se arrojaron con estraordinario ímpetu sobre aquellos muros, que por todas partes vomitaban un fuego terrible; sin que por esto los mejicanos retrocediesen una sola línea, ni decayese en lo más mínimo su espíritu guerrero, por más que viesen correr á torrentes la sangre de sus hermanos. El valiente jefe que les guiaba, dando un ejemplo de valor y atrevimiento indecibles, se lanzó enmedio de aquel lugar de muerte y desolacion, y seguido de los pocos de sus soldados que no habian ya regado el suelo con su sangre generosa, penetró en la poblacion é hizo huir llenos de miedo y de espanto á los franceses que la defendian.

La posesion de Saltillo tenía para los juaristas tan grande importancia, que cien veces, si necesario fuese, repetirian los actos de valor y arrojo de que acababan de dar elocuentísima prueba en este memorable y glorioso asalto. El Estado de Coahuila, del cual era capital el Saltillo, confina por el Norte con los Estados-Unidos, en cuya nacion cifraban su última esperanza los defensores de la libertad de Méjico. Al apoderarse los juaristas de Saltillo, poblacion de más de 8.000 habitantes, se hacian, en cierto modo, dueños de todo su departamento y de todo el Estado de Coahuila, que contaba con poblaciones de gran consideracion, como lo